

Historia del

Ssmo. Cristo
-de Burgos-

Extracto de un libro escrito
con el mismo título por el
R. P. M. Fr. Pedro Lo-
viano, en el año de 1740.



IMPRESA Y LIBRERÍA
CENTRO CATÓLICO
LAIN-CALVO 18. BURGOS
- - - - 1908 - - - -

DG
COM



f. 593628

c.

Historia del

Ssmo. Cristo
-de Burgos-

Extracto de un libro escrito
con el mismo título por el
R. P. M. Fr. Pedro Lo-
viano, en el año de 1740.

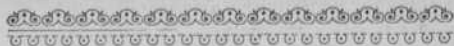
• • •

IMPRESA Y LIBRERÍA

CENTRO CATÓLICO

LAIN-CALVO 16. BURGOS

- - - - 1908 - - - -



CAPÍTULO I.

En que se refiere un estupendo portento
de esta Santísima Imágen en la Ciudad
de Berito

Tres fueron las Imágenes Sagradas que veneraron los hombres en tiempo que Cristo nuestro Bien conversó con ellos, y propias de Su Majestad. De estas una fué la que hizo Nicodemus. Su Arquitectura es tan sobresaliente, que algunos imaginaron no ser hechura de hombres, sino de Angeles.

Es una admirable efigie del Redentor muerto esta Santísima Imá-

gen, y para que fuese puntualísima representación de sus maravillas dispuso su Majestad con un raro portentoso, que de su costado saliesen copiosos raudales de sangre y agua, para dar vista á los ojos de las almas ciegas, que segunda vez crucificaban á Cristo nuestro bien en su Santa Imágen. Todos los autores, que mencionan el suceso que vamos á referir, concuerdan en que fué con un Santo Crucifijo, propia hechura de Nicodemus, y siendo hechura de aquel Santo discípulo este divino simulacro, inferimos la piadosa conjetura de que en él se renovó la cruenta pasión de la ciudad de Berito; la que ponemos para excitar la memoria de las maravillas de en Majestad, y alabanza de sus inagotables misericordias.

Berito (á quien otros llaman Be-

riech, ó Baruch) es ciudad de la provincia de Siria, y puerto de mar, muy apropósito para el comercio, de la cual hace diferentes veces mención Josepho. Es tributaria de Antioquía, sita en los confines de Tiro, y Sidonia, en la cual la nación de los judíos frecuentaba en sus tratos. Vivía en esta ciudad un cristiano junto á la sinagoga de los judíos, el cual tenía esta Santísima Imágen colocada enfrente de su lecho, con la veneración correspondiente á la entereza, é igualdad con que representa á su Majestad. Este cristiano mudó de vivienda, y pasando á otra casa (por divina disposición, con que desea Dios vengan todos al conocimiento de la verdad, y se salven) se olvidó de mudar la Santa Imágen, habiendo conducido todo el menaje de su casa á la nueva vivienda. Un

judío, pareciéndole á propósito para sí la casa que dejaba el cristiano, la arrendó para su vivienda, y sin advertir en la Santa Imágen, (lo que todo disponía su Majestad Divina) vivió en ella algún tiempo. Un día convidó este judío á su mesa algunos principales de la nación, y uno de los que recostados en la mesa estaban comiendo, levantando los ojos, reparó en la Santa Imágen de Cristo Nuestro Señor. Lleno de cólera volvió la cara contra el amigo, que le había convidado; diciéndole, cómo tú, siendo judío, te atreves á tener en tu casa semejante Imágen del Crucificado? Y prosiguió su furia con indecibles afrentas y maldiciones contra el Salvador. El dueño de la casa, y del convite, asustado con la novedad, que ya le intimaba su vista, procurando purgarse de aquel

delito que le imputaban, juraba no haber visto hasta entonces aquella Imágen en su casa: con lo cual callaron los convidados, y disimuló por entonces el acusador, dando á entender quedaba satisfecho: más despedido de la mesa, le denunció ante los príncipes de los sacerdotes, de que guardaba y no había echado de casa la Imágen del Nazareno. Oida la acusación del delator, le preguntaron si la podía probar; y clamando él, que confirmaría con la vista todo cuanto decía, movió á cólera á todos los que componían el tribunal. La mañana siguiente, congregados los sumos sacerdotes, y ancianos, con una gran turba de la nación, caminaron á la casa, conducidos del causador. Vieron todos esta santa Imágen, y declararon por excomulgado, y privado de entrar en la sinagoga

al judío, que la tenía en casa; y sacando á juicio al Santo Crucifijo, decretaron ejecutar en él cuanto sus padres y antepasados habían hecho con el divino original.

Comenzaron á escarnecer la venerable efigie, escupiendo todos su hermosísimo rostro, y dándole por todas partes muchas bofetadas, arrojaban indecibles oprobios contra el Señor. Clavaron con clavos de hierro la Santa Imágen y aplicaron á sus labios una esponja de hiel. Dieron muchos golpes en su venerable cabeza; y para no omitir género de crueldad, en imitación de sus padres, mandaron á uno, que traspasase con una lanza el costado. Saltó luego de él un arroyo de sangre y agua, repitiendo el Señor las maravillas de su santísimo cadáver, para dar vista á aquella gente ciega. Mandaron los

príncipes de los sacerdotes aplicar una vasija al costado de la Santa Imágen, la cual se llenó luego de sangre y agua que despedía el manantial portentoso, y atónitos del caso, que estaban experimentando, consultando sobre lo que debían hacer, resolvieron probar la virtud del sagrado licor, aplicándole á los enfermos. Lleváronle á su sinagoga y juntaron en ella cuantos enfermos pudieron hallar. Hbaía entre ellos un anciano, que desde su nacimiento, disueltos los miembros, yacía en un lecho. Este fué á quien primero ungieron con la sangre milagrosa, y quien á su contacto saltando del lecho con pasos de ciervo, publicó la gloria del hijo de Dios. Siguiéronse algunos ciegos, y todos quedaron con perfecta vista al baño del sagrado colirio. Llegaron otros mu-

chos enfermos, y todos experimentaron la divina virtud en la posesión de la salud que deseaban. Tumultuóse la ciudad con las voces de las maravillas, y todos cuantos tenían en casa algún enfermo, llevándole á la sinagoga, y tocándole con el milagroso bálsamo de la sangre, se volvían sanos. Finalmente, difundióse la fama por muchos pueblos circunvecinos, y concurrió tanta multitud, que no cabía en la sinagoga, aunque era muy capaz, y todos igualmente, paralíticos, ciegos, cojos, sordos, mudos y leprosos, quedaron sanos.

A vista de estos innumerables portentos, se siguieron mayores en los príncipes de los sacerdotes y ancianos con toda la multitud de judíos, de hombres y mujeres; pues desde el párvulo hasta el mayor

daban eternas alabanzas al Padre Celestial, por haberles revelado con tantos prodigios á su Unigénito Hijo, siendo ellos tan indignos de tan alto y soberano beneficio. Glorificaban á Jesucristo nuestro bien, por que se hubiese apiadado de su miseria; y con muchas lágrimas de arrepentimiento, le pedían perdón de las injurias, con que torpemente le ultrajaron en su Santa Imágen. Fueron todos á la Iglesia de los cristianos, y postrados á los pies del Obispo, publicaban con grandes voces sus pecados. Informado el Prelado de todo el caso, mostráronle la Santa Imágen del Salvador, y buscando al cristiano, que la había dejado olvidada en la casa junto á la sinagoga, le preguntó el Señor Obispo de qué suerte había venido á su poder esta Santísima Imágen ¿Y quien

había sido el autor de maravillosa hechura? A lo cual respondió el cristiano que Nicodemus con sus propias manos la había compuesto, y al morirse la había entregado á Gamaliél, Gamaliél á los últimos días de su vida á Jacobo, este á Simeón y á Zaqueo; y así por otros sucesores de tiempo, había durado en su posesión en Jerusalén, hasta el año de 41, después de la Ascensión de Cristo Nuestro Señor á los Cielos, y dos años antes de la destrucción de aquella ciudad por Tito, y Vespasiano, en que avisados del Espíritu Santo los cristianos, que vivían en ella, para que saliesen, y repartiéndose por diferentes pueblos del Rey Agrippa, con todo cuanto tenían perteneciente al culto divino y religión cristiana, había venido á parar la Santa Imágen á la ciudad de Be-

rito, donde heredándola de sus padres, la había poseído hasta entonces. Oída esta relación por el Sr. Obispo, exhortó á todos los judíos diesen gracias á su Majestad, y después de haberles instruído en la santa fé, y mandado que ayunasen tres días, recibieron todos el santo bautismo.

Acaeció este portentoso caso (según el Januense) el año del Señor de 750, y de él hace mención la Santa Iglesia en su Martirologio á 9 de Noviembre, diciendo: *Fué tan copiosa la sangre que decramó, que las iglesias orientales y occidentales, participaron de ellas abundantemente.* Consagróse la sinagoga de los judíos en Iglesia del Salvador, y colocaron en ella á este Divino Crucifijo, donde fué venerado, hasta que los cristianos perdieron á Siria, y la ciudad de Berito, en cuyo excidio; colocán-

dola en una caja, la entregaron al mar, por librarla de nuevos ultrajes de gentiles y sarracenos, y su hallazgo fué del modo que diremos.

CAPÍTULO II.

De la Milagrosa invención del Santísimo Cristo, y su venida á este Convento de N. P. S. Agustín.

Mirando David á Cristo nuestro bien en profecía paseando sobre las olas, dijo: *En el mar es tu camino, y tus sendas entre muchas aguas, sin que se conozcan tus pisadas.* Sabemos de cierto que el Santo Crucifijo se halló en el mar, é ignoramos las sendas por donde vino y el tiempo en que le logró este Convento. Fué así el caso.

Había en esta ciudad un mercader que entre los afanes de las ganancias,

daba á la memoria algún tiempo para el empleo del servicio de Dios. Era muy devoto de los Religiosos Ermitaños, que en su tiempo vivían en este Convento; porque olvidados del mundo y entregados á la oración y contemplación de los divinos misterios, le parecía que el trato de su compañía era el más seguro para los intereses del alma. Fió el buen mercader en las oraciones de los devotos religiosos el feliz despacho de sus negociaciones en un viaje, que determinó hacer á Flandes. Suplicó á los Religiosos Ermitaños, que tomasen á cuenta de sus oraciones el éxito favorable de su jornada, asegurándoles serle agradecido, trayéndoles una prenda para adorno de su pobre Iglesia. Admitieron ellos el partido, y caminando el mercader en seguimiento de su rumbo, llegó con viento

favorable al paraje deseado. Dispuso sus empleos á satisfacción, y con prósperos sucesos se olvidó de los intercesores que tenía delante del Señor, para agenciarles la prenda que les había ofrecido. Embarcóse para España con viento en popa; pero apenas llegó á perder de vista la tierra, asaltado de una deshecha tempestad, experimentó uno de los grandes peligros con que el mar corresponde á la confianza de los que se entregan á él seguros. Luchaba el navío con las olas, las cuales, agitadas con recios vientos, se encrespaban por instantes, sin que la destreza de los marineros pudiesen asegurar el vaso, ni sus vidas en un momento. Perdieron todos el ánimo, y clamaban por la divina misericordia para el perdón de sus pecados. Continuó el temporal igualmente contrario tres días y

tres noches, al fin de los cuales, entregados á lo que el Señor quisiese disponer de su vida y hacienda, admiraron sosegádas las olas con un cielo muy sereno.

Convidó á la curiosidad la vista de un bulto, que vagueaba dulcemente sobre las aguas, en que todos los del navío repararon, y resolvieron la averiguación de aquel bulto. Echaron fuera el batel, y reconociendo que era una caja, la aseguraron en la plaza de armas, para registrar lo que contenía. Abrieronla y hallaron otra de vidrio dentro de la primera, en la cual venía la Santa Imágen del Redentor muerto, cruzadas las manos sobre el pecho, como si descansara en el sepulcro. La devoción y el espanto se hicieron á una, para celebrar la maravilla, cuya vista hizo tal efecto en

los pechos de todos, que deshechos los corazones en lágrimas de alegría y ternura, formaron en sus ojos fuentes de aguas, que parecían haberseles introducido segunda vez la mar dentro del navío. En quien hizo más impresión este prodigio, fué en el olvidadizo mercader, cuya memoria despertó la Imágen de su Redentor, retratada al vivo entre las sombras de la muerte, y avergonzado de su ingratitud, pagaba en gozoso llanto el logro del Celestial Tesoro. Con él se aseguraron todos de un viaje muy próspero, juzgando, que como en otro tiempo había dormido el Señor en lance de la borrasca, para ostentar su poder en la obediencia de los mares y vientos, y asegurar una gran tranquilidad en los mayores peligros, en los que ellos habían pasado, y en la gran

serenidad, que á vista de la Santísima Imágen estaban experimentando, debían afianzar la posesión segura del puerto deseado. Hizo relación (devoto el mercader) á los del navío de lo que en Bugros había contratado, y ofrecido á unos Santos Religiosos, acusándose á un tiempo de su torpe olvido; y pues su Divina Majestad les había entregado aquella Soberana Prenda, sin diligencia alguna, se la diesen á él para cumplir su palabra, y que si querian valerse de todo su caudal, gustoso le daría por aquella preciosa Margarita. Dieron crédito todos á la relación del mercader, y entendiendo que el Señor sería servido en que condescudiesen á su súplica entregaron alegres en su mano la posesión de la Celestial Joya.

Caminaban contentos, y tocaron

(según tradición) en el puerto de Santander, villa de la nobilísima montaña, y contaron los trabajos que habían pasado en su navegación la serenidad del mar y favorable viento, que después de ellos les había conducido á aquel puerto, la dicha del hallazgo y posesión de la maravillosa Imágen, que guardaban en el navío. Concurrió mucha gente á la novedad, y sacando á tierra la caja que ocultaba el precioso Tesoro, conforme iban descubriéndole, los ojos de los enfermos, que acudían, recibían la salud. La vista de la Santa Imágen y los prodigios que Nuestro Señor obraba con su devoción embargaban la gente y detenían en aquel puerto, hasta que determinó continuar su viaje el mercader; y para que solo él no tuviese la dicha de conducir el Santo Cruci-

fijo á Burgos, le siguieron los más de los marineros y gente del navío, con muchos naturales del puerto, en cuya compañía venía publicando la novedad y obrando Nuestro Señor muchos prodigios por los lugares del tránsito. Desde entonces se arraigó en los pechos de los montañeses una devoción muy hidalga á este Santo Crucifijo; de forma, que las más de las alhajas que adornan su Altar y Capilla, las limosnas más gruesas, que mantienen á este Convento, son dádivas de los naturales de aquella noble porción del continente español.

Apenas pisaron la raya de Burgos los de la comitiva, comenzaron á sonar las campanas del Convento de San Andrés (cuyo nombre gozaba entonces este Convento, por ser su titular este Santo Apóstol) sin humana diligencia, y á su extraordi-

nario sonido se conmovieron, no solo los religiosos, sino también muchos de la ciudad, deseando impacientes el sentido de aquellas no articuladas voces. Llegó el mercader con su tropa en derechura al Convento de los Religiosos, y les hizo la entrega, previniéndoles, que no había en el mundo dádiva que la igualase. Correspondieron devotos los Ermitaños con muchas demostraciones de agradecimiento, y expresiones de la memoria, con que le había conservado en su ausencia y dando gracias á Nuestro Señor con el cántico del *Te Deum*, le ofrecieron de nuevo sus humildes corazones, deshechos en lágrimas de gozo por el favor especial que recibían en la Santa Imágen, como dádiva de la Divina mano.

Los que acompañaron al Santo

Crucifijo, para gravar su devoción en perpétua memoria, y autorizar su entrega en siete idiomas distintos, escribieron brevemente el hallazgo y la dádiva en la cuadra anterior al ángulo, por donde se da la entrada á la Capilla del Santísimo Cristo. Están los caracteres debajo de unas antiquísimas pinturas con siete letreros, uno en griego, otro en latín, otro en castellano, otro en vizcaíno, otro en francés, otro en portugués y otro en flamenco.

CAPÍTULO III.

Llevan el Santo Crucifijo á la Santa Iglesia Catedral, y con una extraña diligencia se vuelve á la posesión del Convento.

Gozosos se hallaban los Religiosos en la posesión del Santo Crucifijo,

habiéndole colocado en el Altar Mayor de su pobre Iglesia, que era la misma Capilla en que hoy se venera, para que todos lograsen su hermosura, aunque la caja de cristal franqueaba con alguna escasez su vista, y la pobreza del sitio no dejaba de causar alguna extrañeza á los que concurrían. Vino el Señor Obispo acompañado del clero y ciudad, á venerar á su Majestad y pareció á todos poco á propósito un sitio tan pobre y tan estrecho para concha de perla tan preciosa; y confiando después entre sí sobre este asunto, determinaron llevarle á la Santa Iglesia Catedral, señalando el día en que habían de hacer esta traslación. Llegado que fué, se formó una vistosa y numerosa procesión, que la presidía su Ilustrísima y se dirigió al Convento de San Andrés.

Cuando entendieron los Religiosos el intento del clero y ciudadanos, comenzaron á defender su derecho, alegando con muchas razones, acompañadas de lágrimas, la injusticia que se les hacían. Deducían en el proceso de su razonamiento la demostración maravillosa de las campanas de su convento, como indicio manifiesto de haber escogido su Majestad su Iglesia y Altar para morada de su Santísima Imágen. Alegaba también el mercader, á cuya fidelidad se había cometido la entrega, en favor de sus amigos y devotos Religiosos; pero ninguna razón hizo fuerza en el Tribunal del clero y ciudad, para que desistiesen de su resolución. Lleváronse á la Catedral al Imán de todas las voluntades, y continuando los Ermitaños el alegato de sus razones, presentaron su

derecho ante la Justicia; y en vista de la fuerza de sus alegatos resolvió, su Ilustrísima recurrir á milagro, para que se manifestase á todos la voluntad divina. Mandó que la Santa Imágen se volviese á colocar en la caja de madera en que fué hallada en el mar, y ésta sobre una acémila, dejándola que (vendados los ojos) caminase donde la virtud del Criador dirigiese su instinto y que el lugar donde parase, fuese legitimado por acreedor de la prenda. Hízose esta experiencia junto á Gamonal, aldea poco distante de la ciudad, y á vista de todos dió el bruto ciego dentro del claustro de la Iglesia de S. Andrés, donde quedó tan inmóvil, que á las experiencias que hicieron de fuerza, castigo y destreza, no correspondía más que una roca. Quedó la gente admirada, y los Religiosos con su

bienhechor y devoto mercader tan contentos como se deja á la consideración, á vista y posesión de su Señor, á quien poco antes cada uno de ellos, hecho una Magdalena, le habían contemplado hurtado. Atendíanle presente, y su propio gozo no les permitía imaginarle seguro, empleando en admiraciones todos sus sentidos.

Desmontaron la caja, y reconociendo por el cristal, era el dueño de sus ansias lo que la vista les intimaba, adoraron al Señor, y tributándole muchas gracias, ofrecieron de nuevo á su Majestad su humilde ánimo, para que en él hiciese eterna mansión, ya que se había empeñado quedarse en su casa que, aunque pequeña, podía ser gustosa morada de quien en otro tiempo había sido la de Zaqueo. Volvieron á colocar la

Santa Imágen en la misma urna de cristal sobre el Altar, de donde la habían quitado, y aunque continuaba el gozo de los Religiosos á vista y posesión de su Señor, no sin algún paréntesis de congoja por la voz y rumor de los ciudadanos, que siempre insistían en que la Santa Imágen estaba con poca decencia en la estrechez y pobreza de esta capilla. A esto se añadía otro sentimiento mayor, y era, que habiéndose servido el Señor favorecer aquella humilde Comunidad con la copia de su Original Sagrado, no estaba colocada en la urna, de suerte que todos pudiesen gozar bien su vista; pero á todo recurrió el Divino Dador, inspirando á los venerables Ermitaños, que hiciesen lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Extienden los Religiosos la Sta. Imágen en la Cruz. Vuelven á llevarla á la Sta. Iglesia Catedral; y vuelve á restituirse milagrosamente á su Capilla.

La caja en que el devoto Mercader halló esta Santa Imágen del Redentor, encerraba otra de cristal, como ya advertimos, la cual, aunque trasparente, comunicaba con tasa la vista de la Soberana Imágen á los devotos. Movidos, pues, los venerables Ermitaños de superior impulso, y conmovidos del rumor quejoso de los ciudadanos, determinaron sacar de la urna al Santo Crucifijo, y luego que le pusieron fuera de aquella medida, extendió los brazos, que hasta entonces había tenido cruzados sobre el pecho; con que dió á entender

cuán de su gusto era la Cruz, á que alargaba las manos, y aprobó la determinación en que se hallaban sus siervos, quitándoles todo temor y recelo de poner por obra su intento. Renovaron, en fin, la cruenta memoria de clavar en un madero la copia del Soberano Redentor, los que tiernamente le amaban; y aunque fué sin costa de sangre, no sin caudal de copiosos raudales de lágrimas, con que pagaban el dulce acuerdo del mayor beneficio.

Apenas atendió el Salvador, colocada su Santa Imágen en el Trono de la Cruz por manos de sus amigos, como Rey que se miraba en posesión de su reino, comenzó de nuevo á dispensar tantos favores y mercedes, que no llegaba á su tribunal memorial alguno de enfermo ó afligido, que no lograrse pronto el deseado

despacho. Atraía como Imán soberano á todos, para que le glorificasen exaltado en la Cruz: y las grandes maravillas con que convidaba, volvieron á ocasionar en el pecho de los ciudadanos Burgaleses el deseo de hacerle mas suyo, colocando la Santa Imágen en la Iglesia Catedral, como en lugar más decente, y correspondiente á tanta Majestad, fuera de una Ermita (como decían) de unos pobres Religiosos. De común acuerdo representaron al Sr. Obispo su piadoso celo, y suplicaron que mandase su Ilustrísima publicar Rogativas generales, á fin de que su Majestad permitiese sitio más competente para su Santa Imágen en la Iglesia Mayor; pues acaso por haberles faltado esta previa y devota diligencia en la primera determinación, se habría dedignado su Majes-

tad permanecer en el lugar en que le habían colocado. Pareció justa la pretensión á su Ilustrísima, y de su orden se hicieron tres procesiones de Rogativa, con asistencia de ciudad y clero, acompañado de la persona del Señor Obispo: y al cuarto día vinieron todos con su Ilustrísima, y sin valerles á los Religiosos los alegatos de sus razones, se vieron despojados de la prenda de sus cariños, la que volvieron á llevarse á la Iglesia Catedral.

Causó el sentimiento que se debe á la consideración en el pecho de los Ermitaños esta violencia con que les robaron el tesoro, donde tenían depositados sus corazones; aunque acordándose de las maravillas con que el Señor acreditó su agrado en la primera y segunda entrada de su casa, quedaron con algún aliento,

esperanzados de volverle á ver en ella. Acaso les diría su Majestad interiormente lo que en otro tiempo á sus discípulos, intimándoles su ausencia: *De aquí á poco ya no me vereis, y después de otro poco me vereis.*

Fué así, porque la noche siguiente, al tiempo que los devotos Religiosos estaban en maitines, á la hora de media noche, como tenía de costumbre, en medio del silencio y en medio del curso de la noche, volvieron á oírse las campanas del convento, y abriéndose las puertas de la Iglesia por divina virtud, entró la Imágen del Rey de la Gloria y poniéndose en el mismo lugar de donde le habían llevado á la Catedral, dió á entender copiaba en sí diseños del Señor de las virtudes ó maravillas. No puede ponderarse la alegría que rebosaba en el pecho de los Religio-

sos, á vista de tantas demostraciones de empeño con que el Señor les había favorecido: y por el contrario la confusión de los Burgaleses, cuando antes del amanecer iba pasando el eco de lo que había sucedido por sus oídos. No daban crédito á las voces con que algunos publicaban el portentoso, hasta que su vista les convenció á todos; y cesando desde entonces de su porfiado intento, arrepentidos de haber tentado á Dios, por orden de su Ilustrísima hicieron penitencia, con ayuno de un día á pan y agua; y al siguiente vinieron en procesión con su Ilustrísima, descalzos y con velas encendidas, al convento de Nuestro Padre San Agustín, donde pidieron al Señor el perdón de su atrevimiento; y á un tiempo le dieron muchas gracias de que hubiese manifestado á todos su

santísima voluntad, con tan estupendos prodigios.

Estando los Burgaleses en esta devota acción, oyendo la Misa que celebraba el Señor Obispo, entró á vista de ellos una mujer, con grandes demostraciones de sentimiento, pidiendo á voces á su Majestad la resurrección de un hijo que acaba de espirar, y ofreciendo la tercera parte de sus bienes para el adorno de la Capilla; y llegando á su casa después de la Misa, le halló sano y bueno, como lo testifica la relación original que dos difinidores de esta provincia presentaron al Capítulo General, celebrado en Mantua el año de 1434.

CAPÍTULO V.

De las cosas maravillosas que se nota en esta Santísima Imágen y en su arquitectura.

Unas estátuas (maravillas del arte) refiere Priero entre los Silenos, cuya forma representaba glorias de Deidad, extendiendo los brazos; pero á la verdad es más prodigiosa la representación que advirtió el Apóstol en sí mismo, tan propia de Cristo, que sin tener ya vida de Pablo, se miraba á sí mismo, como un Cristo al vivo. Tan propia es de nuestro Redentor esta Santísima Imágen, que así como Pablo en cierto modo dejó de ser quien era, para transformarse en Cristo, deja de ser en su modo la materia de que se formó esta Santa Imágen, para nuestro conocimiento. Un discreto dijo con devota ponderación, que si la fe no

le enseñara, que á fuerza de tormentos había muerto en Jerusalem nuestro Redentor Sagrado, persuadiera la vista, que en su Imágen de Burgos estaba espirando; pues en ella registra todos los tormentos que los sagrados Evangelistas intimaron al oído.

Es tan admirable su arquitectura, y su contestura tan rara, que toda es naturalmente tratable y flexible, de suerte que cede facilmente en cualquiera parte que la apliquen el dedo, como si fuera de carne. La sagrada cabeza la tiene inclinada al lado derecho y se deja mover con facilidad al lado contrario y sobre el pecho. A la Reina Católica Doña Isabel hubo de costarla la vida el ver el movimiento de un brazo. Era devotísima de esta Santa Imágen, y deseando una reliquia suya, pidió la

diesen un clavo de sus manos. Quiso hallarse presente al tiempo que se le quitaban, para asegurarse mejor en el logro; y mandó poner unas gradas de mano, para notar de más cerca el rostro y demás perfecciones de la Santa Imágen. Vió, que quitando el clavo, con lento movimiento se venía el brazo suelto á unirse con su lado; y causó tanto pavor y espanto en el real católico pecho, que cayó desmayada, la que no supo temer ejércitos contrarios de moros. Rindióla tanto el accidente, que muchos de los circunstantes la lloraron muerta; pero volviendo en sí, mandó que restituyesen el clavo á la mano que se la habían quitado: y tan enamorada quedó al divino Crucifijo, que en todas sus aflicciones y trabajos le invocaba con mucha confianza.

Su rostro es tan representativo del divino original, de aspecto tan venerable, que así como muchos devotos contemplan que por no poder sufrir la Majestad del rostro del Redentor, se le vendaron en casa de Anás, ha sucedido no poderle mirar de cerca con atención algunas personas de valor y esfuerzo, que se han empeñado verle cara á cara. El Sr. Gonzalo Hernandez de Córdoba, á quien sus heroicas hazañas dieron el nombre del Gran Capitán, rogó á los Religiosos de este Convento, le permitiesen ver á su satisfacción el Santo Crucifijo, de quien era especial devoto; y subiendo por una escalera de mano, rindió el ánimo y desde el segundo escalón bajó diciendo: *No queremos tentar á Dios.* Lo mismo aconteció al Ilustrísimo Sr. D. Juan de Palafox, Obispo de

la Puebla y de Osma. A muchos herejes luteranos, calvinistas y hugonotes, que en nuestros tiempos han vivido prisioneros en esta ciudad; y á otros que han pasado, hemos oido alabar mucho al Santo Crucifijo, habiéndole mirado ellos sólo por curiosidad y dar indicios de veneración, suspirando repetidas veces á vista de la Efigie Sagrada, en demostración del torpe error con que niegan ellos el culto de las sagradas Imágenes.

El cabello, barba y uñas, exceden en propiedad las perfecciones del arte; porque imitan tanto lo natural, que parecen nacidos en la misma Imágen. Tiene el brazo izquierdo algo más delgado que el derecho; lo que es, ó propiedad que imita á la naturaleza, ó lo que consideran algunas almas contemplativas en

el original, que habiendo clavado al Redentor un brazo en la Santa Cruz, porque el otro no llegaba al barreno correspondiente, se le tiraron y extendieron hasta que alcanzó la mano al lugar destinado para el otro clavo. Los nervios, arterias y huesos, se perciben en número de un cuerpo perfectamente orgánico, siendo su extensión tan descubierta, que en su modo se le adapta la frase con que David explicó la extensión del Redentor en la Cruz, diciendo que se le podían contar todos sus huesos. Las llagas de los azotes, los arteros de las heridas y la sangre pendiente de ellas, tienen tales matices, que parece se acaban de sellar en el original mismo. Tiene un dedo menos en el pie derecho, el cual le quitó un señor Obispo francés, besándole sus plantas, sin que ninguno

lo advirtiese: y habiéndole llevado á aquel reino, se dice hizo tantos prodigios como produjo Cinifes el dedo de Dios en Egipto. Para ocultar esta falta, tiene los huevos de avestruz á sus plantas. Finalmente, la estatua de la Santa Imágen es de hombre perfecto, y la hace hermosísima la misma fealdad de llagas, sangre y cardenales; de suerte, que en ella halla la vista unidos los dos extremos contrarios de muy hermoso sin hermosura, con que contemplaron á Cristo Señor Nuestro; David é Isaías, pudiendo decir el devoto que le atiende con San Bernardo: *¡Oh buen Jesús! que hermoso eres para mí en la deposición de tu hermosura.*

Tiene el Santo Crucifijo unas enaguillas ó pañetes interiores de lino; que despiden mucha fragancia: y

creyéndose los tiene de su hallazgo, (por no haber memoria de otra cosa) están sin corrupción y enteros, menos algún retazo que cortó mano indiscreta ó temeraria, sabiendo que no permitió el Redentor se partiese su inconsutil Sagrada Túnica. También se nota lo mismo en la Cruz del Santo Crucifijo, en la integridad é incorrupción que conserva. El año de 1604, en que colocaron á su Majestad en el tabernáculo que ahora tiene, por no haber tomado bien las medidas de la extensión de la cruz el maestro que la talló, fué preciso serrar unas puntas de ella, y se admiraron tan verdes y frescas como si vivieran en su tronco. Confirmóse esta maravilla con otra que se siguió; y fué, que repartiéndose entre devotos los fragmentos de aquellos despojos, en breve se redujeron á cenizas.

CAPÍTULO VI.

Refiérese el motivo de tener el Santísimo Cristo una corona á sus pies.

El Sr. D. Pedro Giron, Maestro de Calatrava, Conde de Urueña y fundador de la gran casa de Usuna, recibió una grande herida en la toma de Archidona, de la cual enfermó de muerte por habérsela curado en falso. Llegaron á empodrecérsele los cascos de suerte, que, ni sus domésticos, ni aun él á sí mismo podia sufrir el feter que despedía de la cabeza. Encomendóse al Santísimo Cristo de Burgos, ofreciendo visitarle en su Santa Capilla, si le daba salud y libraba del gran trabajo que padecía. Consiguióla en breve milagrosamente y viniendo á cumplir su promesa, agradecido al beneficio recibido, ofreció doce marcos de plata

y una corona de oro para el Santo Crucifijo: limosna la mayor que hasta aquellos tiempos se había notado. Pusieron á su Majestad la Corona de oro y guardaron la de espinas, como reliquia de especial estimación en un cajón de la sacristía. A la mañana siguiente, descubriendo el padre sacristán la Santa Imágen á unos peregrinos, reparó que tenía en su cabeza la corona de espinas, que el día antes él había guardado, y que no parecía la de oro. Turbado con el suceso, subió al altar y reparando con atención halló la corona de oro al pie de la cruz, como arrojada sobre una grada. Dió cuenta al Prior y demás religiosos del convento de lo que había visto y sospechando que podía ser efecto de alguna disposición humana, volvieron otra vez á mudar á su Majestad la

corona, poniéndole la de oro en la cabeza, guardando la de espinas con especial cautela y custodia; pero al día siguiente admiraron repetido el prodigio de ver coronado á su Majestad de espinas y hollando la corona de oro. Parecióles que para perpétua memoria del milagro, se debía poner patente á las plantas del Santo Crucifijo la corona de oro, como lo hicieron; como también para ejemplo, con que Cristo bien nuestro convida á sus siervos, enseñándoles á apreciar los trabajos que representan las espinas, sobre las riquezas, que figura el oro. Esta corona se deshizo después para la fabrica de la Iglesia, con facultad de la Silla Apostólica; y para la perpetuidad de la memoria, tiene una de plata sobredorada actualmente á sus plantas el Divino Crucifijo.

CAPÍTULO VII.

Milagros del Santísimo Cristo.

Es tal la muchedumbre ó multitud de portentosos prodigios con que el Omnipotente ha manifestado su infinita misericordia en favor de los devotos que se encomendaron al Santísimo Cristo, que sería interminable este compendio histórico si se intentara enumerarlos uno por uno. Así que solo referiré algunos mas estupendos, cuales son la resurrección de los difuntos. En el año de 1379 Francisco de Burgos, vecino de esta misma ciudad, trabajaba en las casas de Diego Pardo, y pasando por una pared muy alta cayó de ella sobre unas gruesas piedras, quedando muerto al golpe; concurrieron los médicos, le aplicaron apósitos por espacio de dos horas, y le dieron

por muerto, sin aliento, ni la más leve señal de vida. A la sazón se hallaba la madre del difunto en la Capilla del SSmo. Cristo, la dieron noticia de la funesta muerte de su hijo, corrió hácia el paraje donde había sucedido la desgracia, invocando á grandes voces al Santísimo Cristo; llegó al sitio, hizo que llevasen el cadáver al monasterio de San Agustín, le acompañó con muchísima gente y colocado el difunto en la santa Capilla; hizo decir una Misa en su altar; concluida que fué, volvió en sí el mancebo, bueno, sano y sin lesión alguna; y todos adoraron á S. D. M. Año de 1444, D.^a Isabel hija del Duque de Arjona y Religiosa profesa en el Convento de Santa Clara de Valladolid, después de unas penosas calenturas llegó al trance de la agonía y espiró en opinión de

todos. Juntáronse las Religiosas á cantar el Oficio de difuntos, y al començarle, la difunta prorrumpió suspirando: ¡Oh Redentor mío! ¡Oh mi Redentor y Salvador! Oyendo las monjas hablar á la difunta, huyeron asustadas; recobradas del susto, volvieron las más animosas; y admirándola viva, las dijo: el Santo Crucifijo de Burgos me ha resucitado: y se levantó tan buena como si no hubiera estado enferma. Esta misma Religiosa vino al Monasterio de Santa Clara de esta Ciudad á reformarle; desde entonces florecen en la más exacta observancia de sus estatutos las Religiosas de él. En el año de 1454, Antonio Saez, vecino de Villarmanzo, murió de una grave enfermedad. Sus dos hijos, viéndole amortajado, se acordaron del Santo Cristo de Burgos; y contándose uno

á otro algunos milagros que habían oído, prometieron venir con él á la Santa Capilla, si S. D. M. tenía á bien volver á la vida á su padre difunto. Al punto que pronunciaron esta promesa comenzó á hablar el hasta entonces difunto; y sintiéndose bueno y robusto, vino sin dilación á dar gracias á N. S. con sus hijos: sin otros innumerables, los que lograron la salud, la vida, la vista, el uso expedito de las piernas tullidas y brazos, por la intercesión del Santísimo Cristo, como puede verse en su historia de sus milagros, dada á luz en el año de 1740, por el M. R. Padre Mtro. Loviano, dedicada al M. N. y M. M. L. Ayuntamiento de esta Ciudad, como á devoto del Santísimo Cristo, á quien venera por especial y poderoso Patrón.

A. M. D. G.

